

Didáctica

Educar filosofando y filosofar educando. (Filosofía para docentes «no filósofos»)

**Philosophical educators and educational Philosophers.
Philosophy for non-philosophical teachers**

Pablo López López

*Dedicado a Joaquín Sanz Guijarro,
educador filosófico y filósofo educador.*

Resumen

La educación auténtica exige reconocer la prioridad de la sabiduría sobre cualquier mero saber. La filosofía o sabiduría amada es muy educativa, y la educación es muy filosófica. La sabiduría nos educa y la educación nos hace sabios. De hecho, no hay educación sin filosofía, implícita o explícita, ni es auténtico un filosofar no educativo. Todas las asignaturas han de activar su sentido filosófico para coordinarse en pro de la persona. Así, personalmente, toda la filosofía desde la que eduquemos, debe vertebrarse con un continuo mirar cara a cara, comprensiva y respetuosamente, a cada educando. Él también tiene mucho que aportar a nuestra propia educación y sabiduría.

Abstract

Real education requires recognizing the priority of wisdom over any mere knowledge. Philosophy or beloved wisdom is very educational, and education is very philosophical. Wisdom educates us and education makes us wise. In fact, there is no education without Philosophy, implicit or explicit, nor is a non-educational philosophizing authentic. All subjects have to activate their philosophical sense in order to coordinate themselves in favor of every person. Thus, in a personalized way, all our Philosophy from which we educate, must be structured with a continuous face-to-face, understanding and respectful approach to each student. He also has much to contribute to our own education and wisdom.

Palabras clave: Filosofía, sabiduría, educación, formación, persona.

Key words: Philosophy, Wisdom, Education, Training, Person.

0. Preámbulo: ¿Compartimos interrogantes?

Al hablar o escribir solemos responder a preguntas que no se hacen nuestros oyentes o lectores. Por eso, no nos escuchan, o dejan de leernos. *Si no compartimos preguntas, no compartiremos respuestas.* Por cortesía o compañerismo el público hará como que escucha o atiende. Acaso sólo en alguna fase de la exposición pondrá interés. Así, poco o nada aprovechará el fruto de nuestro esfuerzo, y nos frustraremos. Ocurre igualmente con alumnos jóvenes y con auditorios veteranos. Éstos guardarán más las formas, pero habrá la misma incomunicación.

Es, pues, crucial que propongamos primero *unas preguntas vitales para nuestra identidad personal, social y profesional como educadores.* Estas preguntas demasiado olvidadas avivarán nuestra conciencia y vocación educativas. Necesitamos reavivarlas. Decimos trabajar en un sistema «educativo». Sin embargo, preferimos denominarnos casi siempre «docentes», «profesores» o «maestros». Raramente nos decimos «educadores». No lo podemos negar.

He aquí *algunas primeras preguntas* que necesitamos compartir: ¿por qué precisamente esta renuncia a considerarnos claramente *educadores* o, al menos, a no reconocerlo y recordarlo como se merece? ¿Estamos acobardados ante tal empresa? ¿Preferimos pensar que la educación es sólo tarea de los padres y que nosotros somos meros transmisores de conocimientos y disciplinadores ante malas conductas? ¿Es que hemos dejado de educarnos a nosotros mismos, y por ello ya no nos sentimos capaces de seguir educando? ¿Qué valor real tiene la docencia sin verdadera educación? ¿Los valores más profundos son sólo asunto de familias, comunidades religiosas o algunas materias más humanísticas y filosóficas? ¿Nos conformamos con promover algunos valores superficiales, como formalismos, cortesía y lo políticamente correcto? ¿Enseñamos sólo unas asignaturas o ayudamos a aprender a pensar, decidir y vivir? ¿Nos preocupan sólo el número de aprobados y la disciplina, o también la virtud y la maduración de nuestros educandos? ¿Asegura el éxito académico el éxito educativo?

Admitiendo que nos dedicamos a educar, ¿tenemos una noción clara de lo que esto representa? ¿Distinguimos el educar y otros niveles de transmisión de conocimientos, habilidades y valores? ¿Diferenciamos «*educación*», «*formación*» e «*instrucción*»?

¿Qué significa que cada uno de mis alumnos o educandos sea ante todo *persona*? ¿Pueden educarse sólo como individuos o su carácter personal implica la necesidad de educarse comunitariamente?

¿Puedo educar de modo aislado e individualista, contando sólo con las colaboraciones obligadas con otros docentes? ¿Basta una interdisciplinariedad parcial, entre unas pocas materias? ¿Tiene esta colaboración una profundidad propia de la filosofía? *¿Hay algo filosófico en cada una de las asignaturas que las une y coordina a todas*, de modo que el alumno reciba una enseñanza plural, pero unitaria y armoniosa?

¿Adapto mi labor docente a *lo profundo de la situación actual de los educandos*? ¿Se resuelve esta adaptación con meros medios más tecnológicos, con más bilingüismo y otras modas?

¿Hemos de sucumbir al desaliento ante *el innegable aumento de la problemática* no sólo didáctica, sino sobre todo relacional con bastantes alumnos y padres? ¿Nos sentimos respaldados por equipos directivos, servicios de inspección, sindicatos y autoridades educativas?

¿Nos hemos anquilosado en nuestras estrategias docentes y educativas? ¿Estamos dispuestos a corregirlas, mejorarlas o cambiarlas? ¿Somos férreos en su aplicación, o tenemos *la flexibilidad* de adaptarlas al momento?

En suma, ¿estamos dispuestos a hacer de nuestra relación educativa *una relación ante todo personalizada*, en lugar de que sea mecanizada?

Como puede apreciarse, son preguntas muy sensibles que cuestionan y replantean toda nuestra pedagogía y su mismo sentido global. Son preguntas pedagógicas realmente filosóficas, a la vez que muy personales. Nadie las puede contestar por cada uno de nosotros. No plantean sin más «una» filosofía de la educación, sino que van en pos de «tu» propia y sincera filosofía de la educación. ¿Te atreves a contestarlas? *¿Te atreves a descubrir que puedes educar filosofando, con profundidad sapiencial, con pleno sentido y conciencia?* ¿Acaso se puede educar sin filosofar, es decir, sin ayudar al desarrollo más personal, facilitando el propio pensamiento filosófico o global del educando? Si te animas a compartir tales preguntas, pueden orientarte algunas de las respuestas o reflexiones aquí propuestas y que podemos seguir hablando más adelante.

1. *¿Qué es educar?, y ¿qué es filosofar?*

Educar es un proceso inscrito en *todo un modo de ser: el de ser educador* o, mejor dicho, co-educador. No es que sobredimensionemos nuestra profesión, pretendiendo educar a todo el mundo a tiempo y a destiempo. Sin embargo, ser educador es más que una

profesión. Es una cooperación continua en lo más grande: en elevar lo más personal de las personas. Es todo un nobilísimo modo de ser consistente en ayudar a ser del modo más noble. Todo lo que hay en una persona es personal, pero no con la misma intensidad y hondura. La educación se dirige precisamente a mejorar el núcleo de lo más personal. Por ello, requiere la cooperación de la filosofía, que la ayuda, como ninguna otra perspectiva y ningún otro conocimiento, a detectar y apreciar justamente lo más personal.

Ser formador o instructor puede reducirse a una mera profesión o tarea. Y un formador o instructor no tiene por qué seguir formándose o instruyéndose en una determinada área que ya conozca bien. En cambio, *sólo educa, quien se educa*. Sólo sigue educando, quien se sigue educando. Quien se crea educado para siempre, nunca lo ha estado. Por ello, el educador es un permanente educando. Educarse constantemente para poder seguir educando entraña todo un modo de ser: el de vivir por y para la educación, la de sí mismo y la de todos los que se sean confiados, como hijos, nietos, alumnos o cualquier otra persona de cualquier edad.

Al hablar de educar, hablamos intensamente de personas, de lo más personal de la persona, de su más honda identidad. Por eso, educar y educarse es tan sumamente personal. Educar es obra de personas humanas que, por serlo, han de crecer como personas, en su humanidad personal. Lo principal que tiene que hacer una persona como tal, es madurar como persona, es decir, educarse. *Una persona educada y perseverante en su educación llega a educar incluso sin darse cuenta. Educa desde su totalidad psicosomática la totalidad personal de los demás.*

La dimensión corporal ha de cuidarse y educarse mucho, en unidad con la interioridad o espiritualidad humana. Ahora, no olvidemos que la educación específica de lo más personal se refiere ante todo a lo interior o espiritual, sobre todo a la conciencia y su intimidad. El exquisito respeto que ésta merece, no excusa de cooperar en su prioritaria educación. El educando es la persona entera, de carne, hueso y espíritu. Ahora, *lo más educable del educando es su interioridad personal en toda su grandeza, en su espíritu, sede de la sabiduría*. En él están la visión universal, las actitudes y los valores básicos ante la vida, el poder creativo y la motivación primera para el esfuerzo requerido por este existir. La neurociencia y su aplicación educativa no agotan las posibilidades de nuestro espíritu. Éste nos dota tanto de intimidad como de una ilimitada perspectiva universal que nos abre a la sabiduría. La materia es particular, concreta e ilimitada, mientras

que la visión espiritual es ilimitada y universalista. La educación es la que potencia el conjunto de la persona desde su núcleo más íntimo. Al educar, en la medida de lo posible, al cuerpo hay que facilitarle buena salud y armonía; al espíritu hay que proveerle de la virtud de la sabiduría, unida a los mejores sentimientos de humanidad. No bastan unos saberes cualesquiera. Necesitamos ante todo sabiduría. Y no nos quedemos en la superficialidad de las emociones, sino eduquemos también las pasiones y los sentimientos, es decir, toda la afectividad.

Generalmente hoy hablar del espíritu en educación resulta tabú, a pesar de la renacida propuesta de cuidar la «inteligencia espiritual» a la par de otras supuestas inteligencias. En realidad, y sin negar sus diferentes capacidades, *toda la inteligencia humana es una y, en un amplio sentido, espiritual*. Lo contrario sería reducir toda nuestra inteligencia a mera animalidad evolucionada, a simple materia orgánica adiestrable o robotizable, pero no educable. Además, si el humano fuera sólo materia, no valdría más que cualquier otro trozo de materia viva. La espiritualidad de nuestra inteligencia puede debatirse y precisarse, pero no cabe eliminarla de nuestra perspectiva convirtiéndola de antemano en un tabú. Si no nos conocemos mínimamente a nosotros mismos desde nuestra interioridad, aprovechando milenios de cultura explícitamente espiritual, mal nos educaremos.

La educación profesional requiere ciencia, pero es más que mera aplicación científica. Requiere experiencia y pericia, expresividad y tacto, creatividad y adaptabilidad, implicación personal y paciencia, motivación y reflejos. Es todo un arte, un arte vital que, en cierto modo, desarrolla la capacidad procreativa de las personas humanas. *Educación es un arte muy personal de ayudar a realizarse como persona.*

Por todo ello, *la educación puede definirse como el arte de ayudar significativamente a crecer como persona*. Y sólo ayuda a crecer como persona quien crece como persona, quien incesantemente se educa. Tal arte de ayudar a crecer personalmente forma parte de todo un arte de vivir, el de vivir siendo y sintiéndose educador.

Educador es quien, conociéndose cada vez más a sí mismo, potencia lo mejor de sí mismo y lo pone al servicio de los demás, sobre todo dando buen ejemplo, escuchando, compartiendo generosamente su tiempo y dando razones oportunas y adaptadas con toda la paciencia necesaria. Educador es quien se esfuerza por mejorarse como persona no sólo por sí mismo, sino también y sobre todo por los demás.

Esto comporta un hondo sentido altruista y cívico de la vida, una buena filosofía vital. *Toda educación se sustenta en una filosofía de la educación, y ésta, a su vez, en una amplia filosofía vital o existencial*, con su metafísica, su antropología, su ética y su estética. Pocos llegan a desarrollarla de pleno. Pero al menos en sus principios o intuiciones básicas está operativa y orienta todo. Educamos ante todo para ayudar a vivir en el conjunto de la realidad, creciendo en humanidad, en bondad y en belleza interior. Por ello, la educación es el fin último de la formación y de la instrucción.

La educación se intercala con aspectos de formación y de instrucción. Pero no se confunde con ellas. *Las tres modalidades o niveles de aprendizaje, educación, formación e instrucción, se benefician recíprocamente, pero por su mayor amplitud y bondura personales la más importante es la educación*. Insistamos, pues, en que educar es la finalidad prioritaria de todo proceso formativo o instructivo. *La formación* consiste en la transmisión consolidada de conocimiento y habilidades sobre una disciplina científica o técnica o una parte o aspecto considerable de ella. Es propia de seres inteligentes, pero ya no tiene por qué afectar a lo más personal. Es, pues, menos profunda y amplia que la educación. *La instrucción* o adiestramiento constituye el nivel de enseñanza de superficie, generalmente ocasional, y, por comparación con los otros dos, más sencillo y menos prolongado. Puede impartirse incluso a animales superiores. Al preparar máquinas para que funcionen con autonomía, aún las más prodigiosas, sólo les damos instrucciones. Ni las educamos ni las formamos.

Siendo la educación un arte de vivir como persona para ayudar a otros a ser personas, es decir, buenas personas, resulta obvia *la central importancia educativa y formativa de la filosofía y particularmente de la filosofía moral o ética*. Ésta forma muy a fondo en reflexión y discernimiento humanistas. Además, bien impartida y por su propia temática, es la que más fortalece e intelectualiza la educación moral. En este sentido hagamos una distinción generalmente ignorada o confundida entre «ética» y «moral». *La moral* es la vivencia de ser profundamente libres para ser felices. En ella cada cual reflexiona, dentro de una situación concreta que le implica, para acertar en la elección del verdadero bien humanista. Pero no requiere la sistemática y explícita teorización de la ética. *La ética* es la disciplina filosófica que estudia la realidad moral. Así pues, no confundamos una disciplina de estudio (la ética) y su objeto de estudio (la moral o elección personal del bien moral).

Dada la importancia central de la educación moral en el conjunto del proceso educativo y de la ética como su principal disciplina de estudio y formación, cada educador debe vivir y planear todo desde la hondura fundamental de la filosofía (sobre todo de la ética) y de la moral misma. No necesita situarse formal y explícitamente en una clase o actividad de filosofía o moral. Pero, si lo que enseña tiene fundamento y conexión con el resto del saber y de la vida, ha de tener un buen sustrato filosófico-moral. *La base filosófico-moral ha de ser transversal, constante y fundamental en todo lo que de verdad aspire a ser educativo.*

La filosofía es ciencia de modo distinto a como lo son las demás ciencias, sobre todo las naturales. Pero, a su manera, es ciencia por constituir la base unitaria de todas las demás ciencias. Éstas, cuando menos, pugnan por alcanzar verdades, siendo «la verdad» un concepto filosófico, como el mismo concepto de «ciencia». Ahora, como otras ciencias, la filosofía tiene sus propios contenidos, conceptos y bibliografía. Aun siendo todo esto algo propio de la filosofía, suele ser de gran importancia directa o indirecta para el resto de saberes. Y lo más provechoso de la filosofía para las demás ciencias está en sus máximos alcance crítico y profundidad propositiva que tanto impulsan una interdisciplinariedad global entre todos los saberes, incluidos los científicos. Superando las meras colaboraciones particulares entre pocas disciplinas, *la filosofía nos estimula y habitúa a contemplar todos los saberes en constelación de constelaciones, como un gran cielo estrellado, en gran unidad orquestal.*

A fin de cuentas, bien cultivada, *la filosofía viene a ser la sabiduría, la sabiduría amada. Filosofar es buscar e incorporar la sabiduría amada por encima de cualquier otro saber o cualquier interés individual. Y esto es clave para educarse y educar, para personalizar más y mejor la persona una y única que llevamos dentro y somos.* Educar, crecer como persona, gira en torno no a un saber cualquiera, sino al saber de mayor calidad y globalidad humanas: la sabiduría. Ella es el saber fundamentador de todo otro saber y el saber del sentido global de todo lo real y realizable. Y a tal saber de saberes no se llega sino amándole, desde el amor prioritario a la verdad, a la verdad máxima o sabiduría.

Vemos, pues, que *educar es colaborar en que las personas entremos en la sabiduría, pues esto, y no un saber cualquiera, eleva a la persona a lo mejor de sí misma y a su plenitud.* Y, aunque la filosofía no tiene la exclusiva educativa de acercarnos a la sabiduría, el ejercicio filosófico es el más centrado en ella, hasta identificarse con la

sabiduría misma. Por ello, todo educador ha de ser, de manera discreta o patente, filósofo, tanto en su actitud de amor a la sabiduría, como en la hondura y amplitud de su perspectiva de fondo al abordar su disciplina de estudio y su visión de la vida. En realidad, todo humano, todo «homo sapiens», desde niño tiende íntimamente a la filosofía, a las preguntas y búsquedas sapienciales sobre el sentido de la vida humana y del conjunto de lo real. Es tarea del educador, que es un humanizador, el ahondar en este buscar tan humano para despertarlo y avivarlo en cada educando. Se puede y se debe hacer desde cualquier disciplina o actividad de enseñanza, mas siempre con perspectiva y conciencia filosóficas. El docente que sólo sabe de su disciplina, pero carece de la visión global e interdisciplinar que da la filosofía, puede formar unilateralmente, pero no educar.

Ser filósofo es también mucho más que dominar una erudición o un argumentario. Es todo un modo de ser y vivir que converge con el modo de ser y vivir de la educación. *El educador ha de ser filósofo y el filósofo ha de ser educador.* Así es, en la medida en que filosofía y educación quieran ser auténticas y servir a la humanidad para algo, para algo importante y trascendente. El educador ha de ayudar a crecer como persona desde la hondura y amplitud que sólo la filosofía aporta. Y el filósofo ha de compartir su sabiduría, que es tanto como educar.

Y decíamos que educar implica co-educar. Coeducar es mucho más que dar enseñanza simultánea a varones y mujeres. Es educar colaborativamente, pues sólo se logra educar en colaboración intensa con el educando y los demás educadores. Es asumir ser parte de una gran labor de equipo en distintos círculos concéntricos. Educar es una gran labor compartida, muy compartida. Quien no co-educar, quien no asume que su labor educativa es solidaria con la de otros, cae en un egocentrismo o ensimismamiento. Sencillamente, no educa. *Educa un equipo educativo, en cooperación con otros equipos, con el conjunto de la sociedad y de la historia. Por ello, conviene alejarnos hasta de cualquier sombra sectaria o partidista a la hora de educar.* Cada cual puede tener sus preferencias, pero no hasta el extremo de demonizar o marginar alguna parte del sistema educativo libremente elegido y con frutos contrastados. Más que centrarnos en lo «público» o estatal, o en lo concertado o lo privado de un sistema de enseñanza, centrémonos en la educación misma. Muchos alumnos y docentes atraviesan fases en centros de distinta titularidad e ideario. Y los diferentes tipos de centros colaboran en la misma misión educativa que toda sociedad libre les tiene encomendada.

2. Filosofía para docentes «no filósofos» y en asignaturas «no filosóficas»

Titulamos este texto «Educar filosofando y filosofar educando». Algunos se habrán sorprendido. Sin embargo, tras todo lo expuesto, debemos preguntarnos: *¿acaso se puede educar, si no es desde la hondura de la filosofía?; y ¿tiene sentido una filosofía no educativa?* «Filosofía» (sabiduría amada) y «paideia» (enseñanza y crianza dirigidas a la educación) son nociones griegas de origen coetáneo que representan tareas primordiales siempre desempeñadas por la humanidad en tanto ésta se ha humanizado y civilizado. Son inseparables entre sí en pro de la mejora íntima de la humanidad.

Su gran valor descuella, porque filosofía y «paideia» no excluyen ningún aspecto de la cultura, sino que son las claves de la integración de toda la cultura, de toda ciencia y arte. La filosofía funda el saber, y la «paideia» o arte educativo orienta la asimilación del saber. Ambas apuntan a la sabiduría, a alcanzarla y comunicarla. Son las dos alas de la humanidad. De ahí, *la importancia de la filosofía también para docentes no estrictamente filósofos, es decir, educadores que no son filósofos profesionales, pero que lo son por humanidad, por cultura y por vocación educadora.*

Habrán filósofos (o supuestos filósofos) que no impartan docencia, se dediquen a la pura investigación y se crean ajenos a las labores educativas. Sin embargo, en tanto comuniquen por cualquier vía sus ideas y éstas sean valiosas, contribuyen a la educación y la formación de otros. También habrá docentes que perciban la invitación a incorporar conscientemente la perspectiva filosófica como una intrusión de otra disciplina, que, además, para no pocos tiene una imagen de inutilidad y de vaguedad discursiva. No obstante, no se trata de que introduzcan un elemento extraño en su disciplina y docencia, sino de que descubran mejor las bases de su propio quehacer científico y educativo, abriéndose al conjunto del saber. La sabiduría es en sí misma educativa, tal como la educación es por sí misma sapiencial. *La sabiduría nos educa y la educación nos hace sabios.*

Todas las asignaturas y actividades escolares pueden educar, porque todas, en mayor o menor medida, pueden contribuir a la maduración y el desarrollo del núcleo sapiencial de la persona, de su honda realidad. Este alcance educador de toda asignatura, más allá de sus facetas formativas, se debe a que todas poseen una hondura filosófica. Cada asignatura corresponde a una ciencia o rama de una ciencia. Y tanto el fundamento de cada ciencia como la coordinación

y el sentido global de todas ellas son de carácter filosófico o sapiencial. Todo el saber existe y prospera interconectado, principalmente desde su común base filosófica. Y su valor crece en nosotros y en nuestros alumnos en la medida en que esté más conectado, tanto en la construcción de amplias teorías como de cara a las aplicaciones prácticas humanizadoras. Es decir, en la medida en que se nutra de filosofía. La filosofía es lo que une y da sentido a todo el saber. Ésta es su función irremplazable. Todo saber busca la verdad. Y, recordemos, el concepto mismo de «verdad» es filosófico. Ninguna ciencia o arte acapara toda la verdad. A la verdad global nos acercamos humildemente armonizando las verdades de las diferentes ciencias y artes. Todos quedamos lejos de abarcarlas todas, pero todos, gracias a la perspectiva global o filosófica, podemos intentar comprender su sentido conjunto. No proponemos que los filósofos profesionales impartamos todas las materias, sino que los docentes de todas las materias enseñen desde una perspectiva filosófica, la cual aquilate su carácter educativo y armonice todos los diversos saberes transmitidos.

Antes incluso que docentes de asignaturas y educadores somos personas. Somos docentes y educadores, porque somos personas dedicadas a ayudar a crecer como personas. También el concepto más elevado y hondo de «persona», aplicado después a varias áreas como la jurídica, tiene una raíz sapiencial o filosófica, e incluso teológica. *Para ayudar a las personas a vivir como personas, debemos comprendernos bien como personas. Como personas docentes necesitamos la filosofía.*

Pues bien, tanto porque la docencia de nuestras asignaturas tiene una común base filosófica, como por el hecho de que como educadores somos personas ayudando a lo más hondo o filosófico de las personas, no podemos desatender la fundamental dimensión filosófica de nuestra actividad educativa, ni la proyección educativa de nuestro filosofar personal. No sólo los docentes o educadores centrados en materias filosóficas (la misma filosofía, su historia y la ética) hemos de educar con filosofía. *Todo docente, aunque no sea profesionalmente filósofo, ha de tener muy en cuenta la faceta filosófica de sus asignaturas y de su labor educativa.* Aunque no enseñe filosofía, debe enseñar con filosofía, si quiere educar. Enseñará a pensar y discernir con las mayores apertura y densidad mentales, mostrando en su propio pensar y discernimiento tal amplitud e intensidad de miras. Enseñará algo más que una asignatura, porque contribuirá a la sabiduría personal de sus educandos, a que encuentren los principios buenos de la vida y a ser coherentes con ellos.

En cierto modo es felizmente inevitable. *Siempre que establecemos principios y valoraciones generales de nuestra acción docente, filosofamos.* Nos situamos en el plano más netamente educativo desde una visión ético-antropológica, señalando ideales y grandes metas en función de una visión sobre la vida humana y la sociedad. Filosofamos, acertada o desacertadamente, seamos o no conscientes.

De lo que se trata ahora, es de desarrollar nuestra filosofía educativa del mejor modo posible y, para ello, con plena conciencia. *Tratemos de plantear bien lo profundo o filosófico de cada materia y del conjunto de nuestro trabajo educativo.* Merece la pena que filosofemos más y mejor sobre todo lo que hacemos y vivimos en nuestra condición de profesionales de la educación.

A título de ejemplo, indiquemos *unas muestras de lo filosófico de distintas materias habituales en enseñanza secundaria y aparentemente poco o nada filosóficas.*

Las artes plásticas, la música, la literatura y la historia de cada una giran, como todas las artes, en torno a un concepto o visión global de la belleza y de su importancia en la vida humana, sea como algo recibido, sea como algo elaborado creativamente. En toda tarea artística y en su comprensión histórica subyace una idea de belleza, unida a una concepción de la creatividad y de los lenguajes no verbales que impactan en la vida. Todo ello muestra un fondo de filosofía de la belleza, es decir, de estética. La belleza es muy educativa, si se profundiza en ella, por vía de experiencia contemplativa o creativa y por vía reflexiva. Para todo ello es imprescindible que la educación plástica cultive la reflexión y la crítica estéticas. Por lo demás, la misma clasificación y la coordinación entre todas las bellas artes, y entre éstas y el resto de la cultura, es competencia de la filosofía del arte.

Considerando la literatura, llegamos de inmediato a la enseñanza de *las diferentes lenguas*: la autóctona (en nuestro caso, el español), otras lenguas modernas (inglés, francés, alemán, etc.), y las lenguas clásicas. La comprensión general de cada una de ellas, de sus gramáticas, y de su relevancia cultural está en función de la filosofía del lenguaje y de la filosofía de la lengua. La lengua es mucho más que un instrumento cultural o académico. Es constitutiva del ser humano, que puede definirse como animal verbal y como persona verbal. El estudio de las lenguas nos abre a la antropología, tanto filosófica como cultural. Nuestros educandos han de captar y sentir la centralidad de las lenguas para su formación y maduración humanas. En gran medida, nos educamos o personalizamos en tanto desarrollamos nuestro lenguaje mediante distintas lenguas. Las clásicas, mal llama-

das «muertas», revitalizan con hondura toda nuestra cultura y el dominio de la palabra, sobre todo el aprendizaje y el uso apropiado de las lenguas neolatinas. Además, nos ponen en contacto directo con la mejor sabiduría grecorromana. Las lenguas modernas nos abren un horizonte verbal cosmopolita para todo tipo de comunicación cultural y profesional. La lengua autóctona es realmente materna, pues en ella se gesta y nutre toda nuestra cultura. Hablamos, pensamos y sentimos en nuestra lengua. Cultural y educativamente, somos nuestra lengua. Educar nuestra persona pasa por educar de continuo nuestra lengua materna.

Las matemáticas constituyen un lenguaje muy especial. Galileo decía que eran el lenguaje de la naturaleza. No obstante, la naturaleza es muy concreta y sensorialmente experimentable. En cambio, las matemáticas son un saber muy abstracto, quedando en esto sólo por detrás y a un paso de la filosofía, sobre todo de la metafísica. La historia de los grandes matemáticos coincide en buena parte con la de los grandes filósofos. Como ya enseñaran Platón y tantos otros grandes pensadores, la matemática prepara para la filosofía. Cuando menos, habitúa a un pensar muy universalista o abstracto. Ahora, también es cierto que la filosofía ayuda a la matemática, sobre todo en lo más educativo de ésta. La misma visión general de las matemáticas es propia de la filosofía de las matemáticas. La matemática, como el resto de las ciencias, sólo se auto-comprende desde la filosofía. Y, ¿hasta qué punto un matemático puede hacer comprender matemáticas, si no comprende qué son las matemáticas? Además, no hay disciplina más próxima o afín a la matemática que la lógica formal, perteneciente a la filosofía. Lógica y matemática se refuerzan muy íntimamente. Son consanguíneas. Y las matemáticas más puras o fundamentales a duras penas se distinguen de la filosofía.

La física, la química, la biología y la geología son también, a su manera, muy matemáticas. Ya por la vía matemática conectan con la filosofía. Y sobre todo tienen su propia vertiente filosófica por su vinculación fundamental con la filosofía de la naturaleza o cosmología, en especial la física y la biología. De ahí, el mayor desarrollo de la filosofía de la física y de la filosofía de la biología. Básicamente, las mismas nociones de «naturaleza», «materia» y «vida» son filosóficas, por su gran extensión y carácter básico. Son de origen filosófico conceptos tan primordiales como el de «átomo» o «energía». Por algo, hasta bien entrada la época moderna la física se denominaba «filosofía de la naturaleza». Y sabemos que en la vida humana su dimensión corporal es inescindible de su dimensión espiritual, tampoco reducible

a un psiquismo químico-fisiológico. Aunque cómodos por simplistas, los reduccionismos se pagan muy caros, pues nos ciegan a la explicación de amplias áreas de la realidad. Lo físico-químico y biológico constituye una gran dimensión humana integrable en el panorama filosófico. No pueden sustituirlo, como pretendieron el fisicalismo y cualquier materialismo, sobre todo desde la miopía científicista o «positivista».

La aplicación *tecnológica* de las ciencias naturales y, en particular, *la informática* o computación, así como las TICs y las redes sociales en enseñanza, plantean muchos e interesantes interrogantes morales y epistemológicos. Su estudio compete a la filosofía moral o ética y a la epistemología o teoría del conocimiento. Si no queremos en nuestros educandos visiones reduccionistas de la técnica y de la tecnología, y si no queremos meros tecnócratas, necesitamos incorporar en la formación tecnológico-informática estímulos para la reflexión moral, el estudio ético y la concienciación epistemológica. La tecnología también educa, siempre y cuando se sepa relacionar con otras disciplinas, gracias a su base filosófica. No en vano, en conexión con la filosofía de la ciencia, está muy desarrollada la filosofía de la técnica, que también abarca la filosofía de la ingeniería. E insistamos en que, junto a los problemas éticos, surgen en toda esta reflexión sapiencial cuestiones epistemológicas, es decir, sobre la valoración del conocimiento y de la mentalidad que suscita la tecnología. De su comprensión depende el uso responsable e inteligente de las nuevas tecnologías en la educación y en el resto de la vida social.

Una técnica y ciencia social de gran calado social es *la economía*, incluyendo los estudios de administración empresarial y de finanzas. No cabe la ciencia sin conciencia. Y esto se aplica también y de modo particular a la ciencia económica. El manejo de una empresa, las políticas económicas, las condiciones laborales y el alcance de las finanzas plantean complejos problemas éticos y epistemológicos. De ellos ya hay que ir haciendo conscientes a los alumnos. La ciencia económica educa, en la medida en que presentemos una economía de rostro humano, más cooperativa que competitiva, a la vez que realista ante las exigencias ecológicas y monetarias. Los valores económicos se hundan, si no se sustentan en los valores morales e intelectuales. Todo sistema económico se asienta en una antropología y una filosofía social. Para hacerlo comprender con perspectiva histórica es muy oportuno redescubrir en el Renacimiento la Escuela de Salamanca en su vertiente científica económica, conectada con sus vertientes jurídica internacional, ético-politológica, metafísica y teológica.

Otras ciencias sociales, como *la geografía y la historia* intensifican, si cabe, su rostro humano para resultar relevantes al alumnado. La historia sólo se comprende desde una filosofía de la historia. Y educa, igual que la geografía, en tanto suscita en el alumno un sentir de pertenencia a la historia o geografía que estudia. La educación geo-histórica humaniza el espacio y el tiempo, coordinadas de una ubicación sabia en este mundo.

Todas las asignaturas tienen un gran potencial educativo en virtud de su base filosófica o sapiencial. Ahora, la materia de «*educación física*» es una de las que lo explicita en su propio nombre. En general, es educativa, porque ayuda a integrar saludablemente toda la dimensión corporal y psicomotriz de la persona humana. La inteligencia y la afectividad tienen bases somáticas que han de integrarse. Por todo ello, posee su propia importancia educativa, resultando insustituible. Y es el necesario complemento de todas las demás asignaturas. Ella misma parte de una visión positiva de nuestra corporeidad y de una filosofía del deporte muy benéficas para la armonía personal y la socialización.

La psicología surge históricamente de la matriz filosófica. Hace bien en perfilar su autonomía nutriéndose de procedimientos empírico-estadísticos y desarrollando diversas labores terapéuticas y orientativas. Sin embargo, siempre conservará y renovará su originario esfuerzo por conocer en profundidad a la persona humana. Para esto, continuará colaborando con toda forma de antropología, sobre todo con la antropología filosófica y la filosofía de la mente.

En cualquiera de sus modalidades confesionales la asignatura de «religión» se denominaría mejor «*cultura religiosa*» o «teología». Esto mismo despejaría polémicas inútiles y tendenciosas en torno a su libre elección, puesto que es obvio que, con sus aciertos y fallos, las religiones son uno de los grandes factores conformantes de cualquier cultura y por tanto de la educación. En todo caso, la base filosófica de la teología es extensa y patente, como consta en los mismos estudios universitarios de la teología, sobre todo de la cristiano-católica. En la enseñanza de la cultura religiosa se asumen libremente unos supuestos antropto-teológicos y éticos. No obstante, a la vez se hace reflexionar críticamente desde los mismos, y se infunden desde una tradición milenaria y actualizada unos nítidos valores de solidaridad y respeto universales. Desde luego, no se confunde su enseñanza con lo que puede ser una catequesis o la enseñanza familiar de una religión. Puede cursarla con provecho cualquier alumno aun compartiendo poco o nada de un determinado credo. Sin perjuicio de lo di-

cho, de modo complementario y en virtud de la relevancia cultural y sapiencial de las religiones, es muy recomendable la recuperación de una materia de historia o comparación de religiones, de carácter no confesional y no centrada en el estudio de una religión determinada.

El departamento de *orientación* ofrece una variada gama de servicios educativos basados en una visión integral de la persona y de sus procesos intelecto-afectivos y en una filosofía educativa. Su vertebración psico-pedagógica anida en una antropología filosófica y cultural. Para orientar psicológica y académicamente se requiere tener una buena y amplia orientación vital y axiológica, enraizada en la sabiduría o filosofía. Toda labor educativa implica una adaptación a la diversidad y singularidad de cada educando, y desde este departamento se desarrolla al máximo tan importante adaptabilidad educativa.

El departamento de *actividades complementarias y extraescolares* facilita a todos los demás departamentos una diversificación y una apertura a experiencias educativas y formativas muy estimulantes. Éstas conectan el estudio académico de cada materia, a veces un tanto encapsulado, con situaciones prácticas actualizadas y relevantes. Sacan la enseñanza de sus cauces habituales para mostrar una mayor gama de situaciones y entornos. Rompen rutinas y generan nuevas perspectivas. Fomentan una mayor convivencia personal, subrayando que antes que estudiantes o docentes somos personas en comunidad. Todo lo cual amplía el horizonte vital, que es lo deseable en toda estimulación sapiencial de las conciencias.

En muchas asignaturas no directa o globalmente filosóficas puede costar aceptar el cuestionamiento de las mismas bases de la ciencia en la que se sustentan. En filosofía esto se asume con normalidad. Para evitar corporativismos académicos, tal actitud filosófica de gran autocrítica es algo que conviene aprender a los demás profesores, si aún no la han asimilado: el aceptar e incluso estimular entre los alumnos un pensamiento crítico que llegue a cuestionar razonablemente hasta la misma justificación de la asignatura y de sus principios. *La filosofía es el pensamiento crítico por antonomasia, aunque también sea propositivo y edificante. Este espíritu conviene desarrollarlo también en las demás materias impartidas en pro del fomento de una auténtica educación o cultivo de lo más hondo de la persona.* La persona crece interiormente en tanto desarrolla bien su libertad. Esto requiere gran libertad de pensamiento, al mismo tiempo que un rigor argumentativo que aleje de toda veleidad.

3. *¿Cómo están hoy los educandos y su sociedad?* *Sacar fuerzas de flaquezas*

La educación tiene bases científicas, pero es irreductible a mera teoría o ciencia. Es ante todo una práctica dirigida a personas que requiere experiencia, creatividad y gran adaptabilidad a las diferentes situaciones. Es decir, *la educación es un arte de profunda comunicación*, tanto expositiva como dialogal.

Como tal arte de comunicación, la educación necesita *adaptarse continuamente a los interlocutores, sobre todo a los educandos*, sin olvidar a los padres de los menores, y a otros agentes educativos. Debemos, pues, preguntarnos también sobre las peculiaridades generales del alumnado actual. ¿Cuál es su receptividad a unos tipos u otros de mensajes y a unos u otros procedimientos de transmisión de los mismos? No es secreto que ayer y hoy la docencia exitosa es la que estimule y logre más la motivación, la interacción y la implicación personales de los educandos. Pero necesitamos caracterizar con mayor precisión las condiciones y las exigencias de las sociedades actuales desarrolladas económica y científicamente.

Cualquier respuesta, por más que la apoyemos en encuestas, puede ser discutible o mejorable. Además, puede ser muy variable en función del ámbito al que nos refiramos: urbano o rural, una u otra región, edades, sexo, etc.. Pero al menos como propuesta que sirva de punto de partida para una valoración más compartida, sugiramos brevemente una caracterización. En todo caso, lo dicho aquí no puede sino ser *reflejo de lo que hoy predomina en nuestra sociedad consumista, globalizada y culturalmente acelerada*. Las generalizaciones, en especial las negativas, han de tomarse con la cautela de recordar que muchos individuos no caen dentro de ellas.

Entre los rasgos negativos básicos consta una generalizada *irreflexión*. Esto dificulta especialmente la maduración filosófica. El frecuente criticismo, ya sea victimista o virulento, suele ser un tanto mecánico o parasitario de modas cortoplacistas. El lenguaje en sus términos estratégicos, como el de «libertad», está un tanto estereotipado y hasta adulterado. Todo ello conduce a una perspectiva vital dominada por la superficialidad y la parcialidad. Se prefiere el tópico cómodo al paciente examen objetivo y contrastado. Cuesta pensar en todo lo que no depare una utilidad inmediata o un reconocimiento social. Se vive en una sociedad del espectáculo, donde se asume que el docente debe entretener y ganarse a pulso a su exigente público.

Éste exagera sus derechos y minimiza sus obligaciones, siendo así fácil presa de la demagogia emotivista y del populismo mesiánico.

Se propagan también *la adicción tecnológica; la inconsistencia axiológica y la dificultad para el compromiso y la militancia; el empobrecimiento verbal; el desinterés por la política y lo público*, si no es para vivir a su costa; *la intemperancia* o descontrol del deseo; y *el materialismo* tanto valorativo como cosmológico. En los casos más desorientados se detecta incluso una «fobosofía», un total desprecio por la sabiduría o filosofía. Escasean las preguntas perseverantes y de calado.

En el plano positivo apreciamos: *la filotecnia* o actitud positiva hacia las aportaciones de la tecnociencia; una *alta sociabilidad* micro-grupal; *el cosmopolitismo; la estima por la familia recibida; la sinceridad; cierta sensibilidad social y solidaria; y la valoración de la coherencia moral.*

Para bien y para mal, es detectable una *polarización* entre una juventud muy preparada académicamente y con afán de superación, y otro sector juvenil muy apático y frustrado que ni estudia, ni trabaja, ni apenas lucha por salir de tal situación. El gran reto educativo consiste, por una parte, en propiciar que los primeros no se contenten con un éxito meramente pragmático y profesional, sino que amplíen sus principales objetivos al desarrollo sapiencial y personal, hasta ser personas sabias. Por otra, consiste también en recuperar a los segundos aupándolos hasta las más altas aspiraciones dignas de la persona. El educador ha de ayudar a estos educandos, provisionalmente desorientados y desmotivados, a que descubran sus mejores talentos ocultos.

El educador debe creer en la gran potencialidad de toda persona. Y debe generar y transmitir confianza en las personas, incluso en esta sociedad corroída por la desconfianza. A mayor desconfianza entre las personas, más sufriremos la judicialización, la burocratización y el hipercontrol estatalista de la vida social y del sistema escolar.

Por último, no podemos dejar de tener muy en cuenta la extensa crisis de la familia, cuyas rupturas y enfrentamientos internos afectan negativamente a tantos educandos. Al ser la familia la célula de la sociedad y de la cultura, no extrañe que incluso debamos diagnosticar toda una crisis civilizatoria global. *Siendo la familia el principal agente educador y sufriendo ella tan inaudita crisis de identidad, ¿cómo no va a haber una pertinaz crisis educativa?* Una sociedad con escaso tejido familiar pierde la mayor parte de sus valores morales sustantivos, substituyéndolos por huera proclamas autocomplacien-

tes. Así, mal puede educar. Educar consiste más en transmitir hondos y sanos valores humanos, que muchos conocimientos, habilidades o competencias. Educan cada familia y la sociedad en tanto conformada por familias. La anemia familiar conlleva anemia de valores y, como encarnación de éstos, virtudes.

La problemática socio-educativa hoy es sumamente compleja y cambiante. Muchos docentes se sienten desconsiderados, frustrados y psicológicamente «quemados». Se genera así un círculo vicioso entre educadores desalentados y educandos desmotivados. En tal situación, poco o nada educan. Acaso cumplan con unas formalidades docentes y hasta alcancen unos mínimos de instrucción, pero poco más. El aumento progresivo de burocracia escolar tapa de momento este desencanto, pero más bien lo agrava. Al alto fracaso escolar, relativo a lo académico, hay que sumar el más preocupante fracaso educativo. Éste se plasma en «hordas» incluso de titulados académicos que pueden haber adquirido cierta formación o competencia académico-laboral, pero que salen del sistema escolar vacíos de valores humanos y de pensamiento amplio y profundo. Ante tal panorama, *el educador con futuro, que es un educador vocacional y en continua renovación profunda, saca fuerzas de flaqueza.*

4. Educar y formar con estrategias y aprovechando ocasiones

Hemos presentado en líneas generales cómo y por qué podemos y debemos enraizar la labor docente de las más diversas asignaturas en una visión profunda de la persona humana, de sus valores morales y procesos cognitivos. Es decir, hemos contemplado la filosofía como coordinadora de todas ellas y adaptada a los tiempos que aceleradamente corren. No se trata de que los profesores de filosofía coordinemos a los demás. En otros sentidos, los docentes del sistema escolar ya somos coordinados por los equipos directivos y de inspección y por los departamentos de orientación. Se trata de que *cada departamento y cada docente asuman de pleno su responsabilidad educativa, centrándose en la persona de cada educando y asumiendo la propia perspectiva filosófica pertinente a su especialidad científico-didáctica y a su labor tutorial.* Cuando un claustro comparte la perspectiva filosófica en su empeño educativo, éste florece y da abundante fruto. Y no porque todos debamos coincidir en el mismo enfoque filosófico. Lo crucial es que todos dotemos de hondura filosófica nuestro conocimiento y pedagogía. Las honduras filosóficas

de unos y otros, en tanto maduren, convergerán y se reforzarán mutuamente.

A fin de concretar más el modo en que podemos dinamizar nuestra didáctica, propongo sucintamente unas cuantas *estrategias que cada cual puede adaptar para aprovechar lo peculiar de cada persona, grupo y ocasión*. Tales estrategias o dinámicas tienen en común *la potenciación del intercambio profundo de ideas en un clima de confianza y respeto mutuos*. Por supuesto, cabe idear o recabar ideas sobre otras muchas estrategias orientadas también a suscitar la atención, la reflexión, la colaboración y la escucha profundas. El orden de exposición es aleatorio.

1^a) *Duelos*. Son debates entre dos alumnos que previamente han preparado una opción distinta. El resto del alumnado valora al final las respectivas argumentaciones y actitudes. Un alumno actúa de moderador.

2^a) *Debates en equipos*. Es como el duelo, pero entre grupos más amplios. También hay un alumno moderador.

3^a) *Torneos*. Es una serie de debates por equipos en los que, de acuerdo con un jurado de alumnos, unos equipos se van clasificando por encima de otros hasta que se declare un ganador.

4^a) *Teatro*. Puede ser una simple escena o varias para empatizar con la situación concreta desde la que se argumenta o vive una posición o ideario. Tras la escenificación se abre una ronda de comentarios críticos y propositivos.

5^a) *Alumno ayudante*. Repite cada cierto tiempo con sus propias palabras un resumen de lo explicado por el docente. También puede señalar cualquier fallo o falta de claridad de éste.

6^a) *Tertulia en un bar*. Se trata de un debate o de una conversación distendida sobre asuntos de la asignatura en el ambiente más acogedor de un bar tranquilo. Si el centro dispone de cafetería, puede ser idónea.

7^a) *Trivial* o cualquier juego de preguntas y respuestas por equipos.

8^a) *Arte y variedad expresiva*. Expresar con arte y diversos formatos (fotografía, vídeo, entrevistas, periódico escolar, dibujos, murales, etc.) ideas destacables de la asignatura. Una modalidad especial consiste en seleccionar y escribir frases propias o célebres en pequeños rollitos de papel de colores que después se intercambian dentro del aula o se regalan fuera de la misma.

9^a) *Exposición oral individual* de un tema y organización del consiguiente diálogo o debate.

10^a) *Corrección comentada*, en diálogo con el alumno, de exámenes, redacciones, reseñas y demás trabajos encomendados.

11^a) *Excursiones, congresos y conferencias* con alumnos, que, a ser posible, se impliquen en la organización del viaje y de la asistencia al evento.

12^a) *Trabajos y exposiciones por equipos*.

13^a) *Redacción cooperativa* del propio libro de texto o confección enriquecida de apuntes.

14^a) *Ensayos debatidos a dúo*. Redacción por parejas de ensayos en los que se intercambian diferentes opiniones.

15^a) *Visitantes de aula*. Testimonios o exposiciones dialogadas de diversas personas que aporten una variedad de experiencias vitales, culturales, laborales o solidarias.

16^a) Clases al *aire libre*, en lugares amenos, o en distintos ambientes urbanos, que impulsen la conexión de la enseñanza académica con la realidad circundante.

5. Conclusión: siempre reavivar el aliento y mirar a los ojos del alumno

En conclusión, recapitemos la importancia de dar prioridad a lo propiamente educativo sobre lo meramente formativo o instructivo. Esto es tanto como priorizar a la persona en sí y en su crecimiento por encima de cualquier utilitarismo, parcialidad o superficialidad docentes. La enseñanza (educación, formación e instrucción) sirve a la sociedad, pero no es esclava de unos intereses sociales inmediatos, sean economicistas o de otro tipo. La educación sirve ante todo al conjunto de la persona, a su maduración más profunda o sapiencial. Las personas bien educadas ya darán por sí mismas el mejor servicio social. *Priorizar la educación y su núcleo personal comporta, en el plano de los objetivos finales, la prioridad de la sabiduría por encima de cualquier mero saber, por práctico que éste resulte.*

Esto lo enseña la filosofía aplicada a la educación. La filosofía es connatural a todo proceso educativo, así como la educación está en el horizonte de toda auténtica filosofía. De hecho, la base de la educación es de hondura filosófica o sapiencial. Importa que el educando adquiera mucho y buen saber de muchos saberes. Pero por encima de esto, si nos atrevemos a ser sanamente ambiciosos, importa aún más que el educando entre en la vía sapiencial, de la alta virtud de la sabiduría. Tal virtud no debe considerarse elitista o al alcance de pocos. De ahí que la filosofía, bien desarrollada y compartida, sea tan

educativa, y que las demás materias deban contagiarse del espíritu filosófico de búsqueda muy profunda y amplia de la verdad. Además, esto no será extraño para ellas, pues todas y cada una guardan en sus adentros un fundamento sapiencial o filosófico. Deben reavivarlo para reavivarse ellas mismas y su potencial educativo. *La filosofía es muy educativa y la educación es muy filosófica. Todas las materias de enseñanza pueden y deben experimentarlo por su propio desarrollo y por el bien de la educación.*

La educación propia y la de los demás son demasiado importantes como para que nos desalentemos ante los fracasos o nos conformemos con la mediocridad. Nos jugamos el bien más íntimo de la persona. Tratar bien a la persona es ayudarla a crecer, a ser más y mejor ella misma en armonía con las demás personas. Y la profundidad espiritual de la persona no la alcanzaremos, es decir, no la educaremos, si no es desde la profundidad de la filosofía, desde una filosofía compartida y personalizada. Por ello, toda la filosofía desde la que enseñemos y eduquemos, debe vertebrarse con *un continuo e incondicional mirar cara a cara, comprensiva y respetuosamente, a cada educando*. Cada uno de ellos también tiene mucho que aportarnos para nuestra propia educación.

Recibido el 9 de diciembre de 2017

Aceptado el 17 de enero de 2018

Pablo López López
Ateneo de Valladolid
pablosambas@hotmail.com